

PRÓLOGO

La melancolía nos pertenece. La melancolía es un padecimiento, un estado, una fuente de inspiración y un arquetipo universal de la experiencia y la cultura. En sus raíces nace y muere el deseo bajo tensiones de exquisita dualidad, ya sea para dar testimonio de la imperfección humana o para proclamar la victoria creadora del genio. Asentada como gran mediadora entre el sufrimiento y la felicidad de los hombres, la melancolía, ajena siempre a lo indiviso, despliega un incorregible dispositivo duplicador que, unas veces, desdobra la realidad y las intenciones para volverlas más nítidas y, otras, las disfraza y enmascara en medio de la oscuridad. De esta suerte, lo asombroso no reside solo en que la melancolía pueda brotar de causas opuestas, como el éxito o el fracaso, pues más sorprendente resulta aún que las consecuencias puedan ser también antitéticas: la alegría desbordada y la tristeza más honda.

La melancolía es una evidencia y un misterio, un reto para el conocimiento psicológico de todos los tiempos. En general, podemos sostener que los pareceres de los artistas han sido más penetrantes en el análisis de la melancolía que todo lo que leemos en los tratados actuales de medicina. Si descontamos el portentoso *Duelo y melancolía* de Freud y contadas contribuciones de sus seguidores, poco más ha aportado la psiquiatría que no sea la descripción abstracta de los síntomas y algunas hipótesis causales más o menos oportunas. Pero si queremos captar los matices de la tristeza, sus trampas, su osadía, su riqueza creativa e incluso su incontenible y entusiasta ferocidad, o volvemos a los antiguos, cuando el arte y la medicina no sufrían la disyunción presente, o atendemos a la hechura y a las impresiones actuales

de los artistas. Esta última, por supuesto, es la elección de la autora.

María Bolaños ha concebido un libro bello, escrito con impalpable estilo, con la gracia transparente de la concisión y dotado de una insólita riqueza subjetiva. Y para ello no ha necesitado hacer gala de ningún conocimiento psicológico específico, como ingenuamente era de esperar. Le ha bastado poner su sensibilidad y su prosa tras las huellas de Walter Benjamin y estudiar las vanguardias artísticas de los comienzos del siglo xx. Allí ha vuelto a encontrar, ciertamente renovado, el tópico aristotélico sobre el vínculo de la conciencia melancólica y el genio creador.

A partir del héroe unialado de Klee, María Bolaños obliga a desfilas a sus personajes con un delicado gusto escénico. De cada uno va entresacando algún detalle melancólico, haciéndoles surgir con tanta naturalidad que logra alcanzar lo que parecía imposible, que la aparente espontaneidad de los comentarios reboce con su acierto el tesón, el rigor y la intransigencia que laten bajo el garbo literario de la escritora. Baudelaire, De Chirico, Mondrian, Jorge Guillén, Valéry, Matisse, Bataille, Pessoa, Cézane, Kandinsky, Max Ernst, Breton, Duchamp, Gómez de la Serna, Apollinaire, Hofmannsthal y Artaud, entre otros, pasan a ser de su mano los antológicos convidados del lector.

El trayecto que se nos propone carece de matriz, como si deliberadamente la autora guardara una secreta complicidad melancólica con el paseante desorientado que gusta de su extravío. Su escrito es una articulación de fragmentos que sale en busca de una secreta unidad. Los pasajes se suceden como al azar o bajo una aparente carencia de sentido. Solo un límite temporal, los comienzos del siglo anterior, ordenan el recorrido. Momento histórico en que un lazo sutil abraza el enardecido desgarramiento de la época con el simultáneo florecimiento artístico. Largo instante en cuyo interior «el calor se está yendo de las cosas», periodo en que se supo que

«el último descubrimiento de la vida, el más reciente, era la materia», lapso donde «las cosas quieren decir algo, pero no pueden».

Maletas, pasillos, espejos, ojos, mapas, ruinas, pensiones, pasadizos, olvidos, enmudecimientos, guerras, escarnios, devastaciones, son los objetos y lugares que quizá a algunos les permitan, como pretendía Breton, «liberarse algún día del principio de identidad». Útiles tras los que se parapeta el deseo oculto de cuanto afirmamos, como testimonia Hausmann con su conciso «solo queremos reír, reír, reír...». Barricadas tras las que Ponge nos confiesa que «los poetas balbucean, susurran, se sumergen en la noche del *logos* hasta que finalmente alcanzan el estrato de las *raíces*».

Palabras, voces, silencios, giros, metáforas. María Bollaños, pese a su melancólico y sonriente escrito, no olvida nuestra relación con el lenguaje, nuestra esclavitud más primitiva, el sentimiento que da cuenta de aquello que ya estaba. Y, si no, ¿qué pensar del siguiente testimonio de Karl Kraus que pone ante nosotros?: «Cuanto más de cerca se mira una palabra, más aparta ella misma la mirada». Seguido de este incalificable y casi visionario documento: «La culpa del genocidio la tiene la frase tópica».

Un tratado artístico sobre la melancolía. Tal es la condición con que nos tienta este libro casi escondido. Una tentación deliberada que pretende familiarizarnos con «los despojos de la observación» y captar con Klee que «cuanto más terrible es el mundo, más abstracto se vuelve el arte». Todo ello sin alejarse nunca de Freud, para quien «la brecha de la retina es el mirador ideal para asomarse a las honduras del inconsciente». Quizá este procedimiento y este estilo constituyan el mejor modo para que nuestro trato con el melancólico admita los nuevos signos del siglo y aprenda, gracias a la apreciación de los creadores, a enjuiciar en los hombres tristes otras cosas que su depresión. Aprender, por ejemplo, del nuevo espíritu con que Rodchenko proclama que «en la

base de mi actividad he colocado la nada», o la inspiración singular con que Carl André define su máxima aspiración: «Mi escultura ideal es una canutera». Nuevos llantos, inéditas lágrimas.

Poco a poco, el subyugante texto de la autora va escribiendo la crónica de una lucha, la del sagrado combate de la obra y la melancolía. Paso a paso esparce a la deriva las esquiras de realidad que la vanguardia ha desmembrado con su gallardía, y las recoge en su libro como quien las guarda, las protege y las auxilia. Libro melancólico, por lo tanto, sobre la melancolía. Nuevo centón que, heredero de Burton, mágico relator del florilegio renacentista, convoca, cita, mienta, anota y precisa, ajeno siempre a la impresión de desorden y desmesura. Nuevo tratado sobre las ciencias de la tristeza, aún extrañamente posible tras tantos siglos de lamentos y pesquisas, singularmente capacitado para ensanchar el horizonte de nuestra existencia.

Este texto nace bajo una serena vocación de belleza y de vida. Surge distraído, pero belicoso, para recordarnos que existe una melancolía salutífera y otra mortífera, una noble y otra vulgar. Para proclamar, con su antecesor Pico della Mirandola, que lo propio del hombre es ser ángel y bestia. Para recordarnos que la nobleza, el genio, la delicadeza y la sabiduría van cogidos de la mano con la mezquindad, la avaricia y la cobardía más groseras.

En estos tiempos en que, sin reconocerlo y de la mano de los llamados *antidepresivos*, un antipático humorismo bioquímico ha renovado la antigua teoría hipocrática, aunque desprovista de su carácter alegórico y de su gran riqueza simbólica e interpretativa, libros como el presente nos devuelven al orden heteróclito con que la teoría humoral mezclaba todo con todo sin atender a los patrones supuestamente científicos del presente.

La melancolía está hoy tan desvalorizada en los discursos contemporáneos sobre la tristeza, que no cabe otra tarea

actual que devolverle su valor original para luchar contra la decadencia que le tienen prometida. Pues el antiguo hombre melancólico de Aristóteles, artista y creador, se convierte, desde la segunda mitad del XIX, en un degenerado, en un sujeto nocivo para la sociedad. El individuo excepcional quedó condenado por una época obsesionada por el igualitarismo, el eugenismo, la productividad y el positivismo, palancas que disponen el ostracismo del binomio genio y melancolía que los contemporáneos ya no aceptan fácilmente entre sus valores.

Sin embargo, la melancolía, con su fuente de oposiciones, se alza hoy como el gran obstáculo que se interpone ante el avance del racionalismo, así que no cabe sino hacer causa con María Bolaños y partir hacia los dominios celestes, humanos y naturales que proponía el célebre Marsilio Ficino para comprender la pesadumbre. Aquí dejamos constancia, a través de este tesonero libro, de la obstinación del concepto de melancolía por permanecer y defender el lirismo de la tristeza aunque sea desde el exilio. Melancólico no es sino el hombre que gusta de pensar las cosas hasta el final, y no hay otro fin para la melancolía que volver a sus orígenes para hermanarnos con sus fuentes literarias y filosóficas. Con este ánimo descubre que a comienzos del siglo XX todo volvió a empezar, como al principio, pero mostrando un desgarramiento nuevo que hasta entonces jamás se había recorrido. Este libro recorre los paisajes de ese acontecimiento singular.

FERNANDO COLINA